

EL más importante de todos los papeles que puede desempeñar el filósofo es el de Sócrates. En un mundo de sabelotodos y de "técnicos" el filósofo es el hombre de la ignorancia. Cuando todo el mundo sabe, el filósofo ignora. Y cuando todo el mundo ignora, el filósofo sabe porque ignora mejor que los demás. Su ignorancia es voluntad de verdad, voluntad recta, buena voluntad, por oposición al sofista que se conforma con una apariencia de saber que es al fondo voluntad de poder, voluntad de éxito, charlatanería. En el choque entre el filósofo y el sofista surge la ironía. La ironía es la forma de conciencia en que el filósofo se enfrenta al sofista.

* * *

Es una ironía que un hombre sepa que es la justicia y no sea justo. Es una ironía que un hombre crea tener la sabiduría y no obre sabiamente. Es una ironía que un hombre pretenda tener un conocimiento superior y tenga un comportamiento inferior. Es una ironía que el hombre pase un siglo cantando al progreso y arrojando flores al paso de la técnica y que la técnica haya parido, como un espantoso ratón, la bomba atómica.

Pero lo irónico de todas estas situaciones sólo surge cuando los hechos puros y simples son afrontados en la actitud socrática. Para Sócrates era evidente que la desarmonía entre lo pensado y lo vivido mostraba sólo que el pensamiento era falso y la ironía aparecía en sus charlas cotidianas simplemente como una manera de mostrar la ignorancia de su interlocutor. Así, al mostrar la falsedad de un saber, Sócrates crea la filosofía como un conocimiento absoluto. O, mejor dicho, crea el comienzo de un conocimiento absoluto. O, mejor aún, crea un comienzo absoluto. Por eso el papel más importante a que pueda aspirar un filósofo es el de Sócrates, porque este hombre, tan carente de vanidad que no se tomó el trabajo de escribir una sola línea, es el padre de la filosofía, de la auténtica filosofía que renace perpetuamente de sus cenizas en la lucha contra la sofistería de los sofistas.

* * *

La ironía es un tema difícil porque no es sólo la actitud de una conciencia frente a un valor. Tampoco es solamente una actitud de un hombre frente a otro. Tiene también que ver con la estructura lógica del pensamiento, o, mejor dicho, de la proposición. Hay en ella algo de juego lógico. La ironía es dialéctica. Cuando Sócrates le dice a Eutifrón: "Tú sabes bien qué es lo santo", todos vemos que Eutifrón no sabe qué es lo santo. ¿Qué ha pasado aquí? Ha pasado que en el instante mismo en que Sócrates lo dice, sabemos que quiere decir justamente lo contrario. La significación de la proposición: "Tú sabes qué es lo santo" permanece inalterada, pero su sentido ha cambiado totalmente, y esto ha acontecido en el mismo instante en que la proposición fué dicha porque la proposición se encuentra en un contexto irónico. Así, la ironía no es sólo la actitud de Sócrates que busca la verdad y que esgrime la burla para mostrar que Eutifrón no la conoce. La ironía es, pues, también, lo que crea esta inversión del sentido expresado de una proposición. En esta medida la ironía es algo que tiene que ver

NOTAS SOBRE LA IRONIA

por
Jorge PORTILLA

también con la lógica y no sólo con la psicología o la moral. La ironía de Sócrates es una actitud de éste hacia Eutifrón, pero esta actitud apunta hacia Eutifrón justamente en la medida en que este último está en relación con un valor, se dirige a "Eutifrón-el-que-sabe-de-la-santidad". Por la ironía, Sócrates "muestra", no se limita a decirlo sino que lo hace patente, lo revela, "muestra", pues, que el tal Eutifrón no sabe una palabra de la santidad. Nos hace descubrirlo *in fraganti* en su no saber de la santidad. Lo desnuda ante nuestros ojos, e incluso, sentimos pena por el bueno de Eutifrón que está ahí, ante nosotros, sabiéndose descubierto y tratando vanamente de cubrir su desnudez con algún harapo de pensamiento. La ironía ha convertido de golpe a Eutifrón el sabio en Eutifrón el ignorante.

Pero si la ironía es aquí demoledora también es constructiva. Aniquila a Eutifrón pero con ello franquea las vías de nuestra mirada hacia un posible ver la esencia de lo sagrado, vías que antes estaban obstruidas por Eutifrón, hinchado de vanidad y de ignorancia.

* * *

La ironía es una actitud, pero es también una acción, una empresa. Se puede hablar, con justeza, de una sonrisa irónica. Hay una conciencia-ironía; pero hay también, como en Sócrates, la "empresa" ironía, al cabo de la cual habrá quedado claro que Eutifrón no sabe nada de la santidad. Pero no sólo esto.

Hay la conciencia-ironía, que es *actitud* irónica, como la que se revela en la sonrisa; hay la ironía-acción y además la ironía inherente a una proposición irónica. Vistas bien las cosas, la ironía no es una cualidad lógica de la proposición puesto que la proposición en su puro valor lógico se basta a sí misma. La ironía aparece cuando la proposición es vista en relación con su objeto, en relación con lo significado por ella. La estructura lógica de la proposición, en cambio, es inmanente a la proposición misma y no toma en cuenta para nada la relación de la proposición con su objeto trascendente. Ahora bien, una proposición es irónica cuando revela justamente lo contrario de lo que afirma. La ironía, la proposición irónica, no es la paradoja. La paradoja es una proposición que encierra un contrasentido a pesar de lo cual es verdadera. En la proposición irónica no hay contradicción, sin la cual la paradoja es inconcebible.

La contradicción que hay en la ironía se descubre al volver la mirada al objeto

de la proposición. La ironía es una manera de designar al revés. Así como se puede hablar de poner banderillas "al quiebro", también se puede hablar de designar "al revés". Esta manera de designar es la de la proposición irónica. Lo irónico no está, pues, en la proposición sino en la relación entre la proposición y lo aludido por ella.

Lo irónico no está tampoco en las cosas. Se habla de las ironías de la vida sólo por analogía. La ironía está más bien en la manera de verlas. Una manera de verlas que subraya o atiende a la contradicción. Pero la contradicción tampoco podría encontrarse entre las cosas como tales. La contradicción la pone el hombre. "En sí" no hay contradicción entre el blanco y el negro, ni entre una pluma y un pedazo de plomo, y si dos locomotoras se estrellan no puede decirse que eso sea una contradicción. Pero sí hay contradicción entre lo que dos hombres dicen o piensan, o entre lo que un hombre dice y lo que hace, porque el hacer del hombre es una forma del hablar y viceversa. Y si hay contradicción entre lo que un hombre espera y lo que obtiene es porque todo lo humano está transido de "habla", de "logos".

La conciencia irónica "ve" las contradicciones y las vanidades de la existencia, y si las nombra, las destruye. Pero las destruye subrayándolas, insistiendo en ellas mediante el artificio de nombrarlas al revés. Las destruye condensando su esencia contradictoria hasta que hace explosión y nos deja el paso franco.

La ironía llama a la vanidad saber para que la vanidad sea tan vanidad que se desvanezca en su total vanidad. Las palabras de Sócrates no destruyen a Eutifrón pero destruyen su vanidad volatilizándola a fuerza de condensarla. La hacen desaparecer si no como una cualidad real, psicológica, de Eutifrón, sí como pantalla que nos obstruye la vía hacia el saber y la virtud.

Pero no basta descubrir contradicciones o aniquilar vanidades para que haya ironía. Es esencial también una voluntad de verdad. Sócrates no se limita a fastidiar a Eutifrón para darse el gusto de hacerlo o para mostrar su superioridad frente a él. Sócrates no está "choteando" a Eutifrón. Sócrates quiere saber qué es lo santo y quiere saberlo porque lo ignora y sabe que lo ignora. Eutifrón, en cambio, que es un técnico de la santidad, no sabe qué es la santidad y Sócrates necesita urgentísimamente ese saber, no sólo para colmar el vacío de su ignorancia sino porque le parece indispensable para la buena marcha de la ciudad.

Sócrates, padre de la filosofía, inventó también la ironía. En él, la ironía no es sólo destrucción de una vanidad mediante este genial rodeo de llamarla saber o virtud, sino también voluntad de verdad. También la más acerada, implacable, directa y apasionada voluntad de verdad que jamás haya tenido hombre alguno. "Nada me place si no es al mismo tiempo verdad", le hace decir Platón, condensando en esta fórmula el estilo moral del auténtico filósofo, y aun de todo hombre verdaderamente humano.

Esta voluntad de verdad y esta profunda y seca rectitud, inherentes a la ironía socrática, son esenciales a "la" ironía sin más. De otra manera, ésta se confundiría con la burla, con el sarcasmo, con el choteo e incluso con el relajó.